

## Dúas pequenas historias cunqueirianas

María Xesús Nogueira

Do pequeno relato «Historia del Ángel Adriel, guardián de la puerta sur del Paraíso», publicado por Cunqueiro en 1970, poucas noticias se coñecen, a non ser a referencia de Antonio Odriozola na súa bibliografía<sup>1</sup>, dato que se reproduce tamén na *Fotobiografía* coordinada por Miguel Anxo Seixas Seoane<sup>2</sup>. Trátase dunha pequena historia, probablemente dirixida a un público infantil, na que o autor recrea o tema dos anxos, polo que tantas veces amosou o seu interese.

O texto apareceu publicado na Colección Jordán, impresa no *Faro de Vigo*, nunha fermosa edición que inclúe ilustracións de Molina Sánchez. No opúsculo non figura ningún dato acerca da tirada da obra, que supoñemos moi reducida. Segundo a información proporcionada por Odriozola, trátase dunha edición privada do notario, e amigo do escritor, Alberto Casal.

No pequeno relato, Cunqueiro dá mostra da súa querencia polo tema dos anxos, que o levou mesmo a proxectar o tantas veces anunciado libro *Diccionario de los ángeles*, que nunca chegou a ver a luz<sup>3</sup>. Desde unha cosmovisión cristiá, asistimos á narración do acontecer diario do pequeno anxo Adriel, observando, no tratamento deste personaxe, uns procedementos desmitificadores moi semellantes ós que o autor desenvolve na súa obra *Merlín e familia*. Non son estas as únicas estratexias tipicamente cunqueirianas que podemos descubrir facilmente no pequeno relato. O sincretismo cultural, a presenza dun personaxe seducido pola arte de contar, a gastronomía, ou as referencias á mitoloxía céltica, son algunhas peculiaridades do discurso narrativo cunqueiriano que atopamos neste relato. Por outra banda, podemos apreciar, na infancia de Adriel, algúns ecos daqueles primeiros anos de aprendizaxe narrados en *Las mocedades de Ulises*.

1. Antonio Odriozola, «Lembranza de Álvaro Cunqueiro e unha bibliografía máis sobre a súa obra», *Grial*, nº 72, 1981, pp. 235-260.

2. Miguel Anxo Seixas Seoane (coord.), *Álvaro Cunqueiro: unha fotobiografía (1911-1981)*, Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 1991

3. O escritor falou a miúdo deste libro, nunca rematado, ó que debeu dedicar unha boa parte do seu tempo nos últimos anos. Vid. Ramón Nicolás, *Entrevistas con Álvaro Cunqueiro*, Vigo: Nigra, 1994, pp. 144-145.

Polo que respecta á «Historia de una isla llamada Brenda», da súa existencia non se dá noticia nas bibliografías cunqueirianas. O mesmo que acontece coa publicación anterior, o libriño apareceu tamén nunha edición privada, neste caso con carácter póstumo, segundo podemos ler no colofón que a seguir reproducimos:

Este cuento infantil que escribió Álvaro Cunqueiro para Brenda Casal, ha salido de las prensas de «Artes Gráficas Galicia, S.A.», en la calle Segovia, nº 15 de Vigo, el 15 de enero de 1982, pocas horas antes de iniciarse la noche de Reyes.

Al ver la luz estas páginas póstumas del entrañable amigo y gran escritor —fallecido el 28 de febrero de 1981—, los editores de la «Colección Jordán» rinden aquí el más sentido homenaje a su memoria.

O paratexto cumpre, por tanto, unha función de homenaxe e lembranza do escritor, cando aínda non transcorrera un ano desde a súa morte. Todo fai pensar que ámbolos dous relatos viron a luz grazas ó labor do seu amigo Alberto Casal, a quen, de xeito familiar e privado, foran dedicados.

O motivo desta historia é o nacemento dunha nena, Brenda, pola fantástica fragmentación e metamorfose dunha illa. Tamén aquí atopamos estratexias tan xenuínamente cunqueirianas coma o sincretismo cultural ou a introducción do personaxe mítico do sabio Merlín.

Ambos os dous relatos son unha boa mostra da inmensa capacidade fabuladora do escritor mindoniense. A pesar da súa sinxeleza e do seu carácter probablemente circunstancial, podemos identificar neles moitos dos trazos definitorios do quefacer narrativo cunqueiriano.

#### *Historia del Angel Adriel guardián de la puerta sur del paraíso*

*El pequeño y trigueño Adriel tuvo durante algún tiempo dificultades con el tamaño de sus alas, porque, habiendo nacido como de dos años —y todavía con tambaleante andar—, de la palabra de Dios, una tarde en que éste estaba contento porque le habían salido tan bien como siempre unas nuevas mariposas blanquiverdes, sus alas eran ya de jovencito, y las arrastraba por los campos del Paraíso; unas alas muy hermosas, azules, salpicadas de oro, y con forro carmesí. Para que Adriel se fuese acostumbrando al viento Sur, del que sería piloto en la puerta meridional del Paraíso le hicieron una cuna junto a la veleta, y para que no se equivocase en dar las voces que señalan la llegada de dicho viento a los jardines, pusieron en la veleta, donde marca el sur, una gran S de cristal, que brillaba en la noche como una lámpara. Adriel aprendió enseguida los nueve soplos del viento sur, que van desde el céfiro blando al gran ciclón, aunque éste no lo probó al natural hasta cumplir varios años, que se lo mostraba Timrael, el huracanero celestial, dentro de una redoma de diamante irrompible. Cuando Adriel cumplió los años debidos, salió afuera de puertas, y esperó la llegada de un ciclón grado nueve sur-suroeste, y el propio ángel se quedó pasmado de la facilidad con que, soplando contra la cabeza desmelenada del viento, que semejava la de un león, lo detuvo y lo mandó domado al mar, donde se estrelló contra las olas. Por cierto, que Adriel, en su inexperiencia, no se acordó de que en el mar había naves, y se asustó al ver que*

frente a una playa, que llaman de Barra, había hecho naufragar una lancha, tripulada por un niño que aprendía a remar. Voló Adriel en picado y llegó a tiempo de sacarlo de entre las olas y dejarlo en la arena, secándose al sol.

Adriel, en su espléndida prejuvenitud, pasaba los días y las noches en la Puerta Sur del Paraíso, salvo cuando la Luna estaba en su fase diecisiete, que entonces volaba hasta ella y era el encargado de mantener en su superficie una perfecta iluminación. Cuando terminaba su jornada, porque la Luna entraba en su fase dieciocho, Adriel se dejaba caer con las alas abiertas y del Paraíso salían cientos de palomas a recibirlo, y muchas se posaban en él, y otras lo envolvían, y ya estaba Adriel en la Puerta Sur y Timrael no lo veía, que lo cubrían las palomas, y se decía:

—¿Dónde estará ése? ¿Quién encargó a tal muchachito de un oficio tan delicado?

Y Adriel se reía, y de un soplo aventaba las palomas, y aparecía con sus ojos oscuros, su rizado cabello, sus alas coloradas, sus pies cubiertos del polvo azulado de la Luna, dando el santo y seña al huracanero, quién reía a su vez.

—¡En vez de Adriel debían llamarte Palomar!, decía Timrael.

Y el huracanero se sentaba con el ángel Adriel a hablar de vientos, y mientras hablaban, cogían de la fresilla que crecía a su alrededor y comían golosos.

Mientras el servicio de guardia en las otras puertas del Paraíso era severo y sin sorpresas, en la Puerta Sur las cosas sucedían de otra manera. Parece ser que incluso en las Divinas Estancias llegó a haber alguna preocupación por la manera un poco fantástica e improvisada con que Adriel ejercía su oficio de guardián. Un día, Timrael, el huracanero, le dijo que un poeta de Francia había escrito una plegaria en la que pedía subir al cielo con los asnos, y que si la plegaria era escuchada, ¡menudo lío! Timrael ponía graves objeciones. Por ejemplo: ¿es posible un burro sin moscas que poder espantar con el rabo? Ahora bien, en el Paraíso no había moscas. ¿En qué iban a pasar sus horas los burros, color de nube? No, lo mejor sería que la familia asnar, por muy humilde que fuese y habiendo llevado a María con el Niño a Egipto y al Señor en su entrada en Jerusalén, no llegase al Paraíso. Pero Adriel afirmó que si llegaba a su puerta el poeta de Francia con los asnos, que los dejaría pasar, y que para entretener a los burros, y en vez de moscas, Adriel soplaría sobre ellos alondras, mirlos, tordos, gorriones y codornices, y los burros espantarían a toda la pajarería con sus rabos, y no dejaría de ser un bonito juego. Y así sucedió, y los burros que pacían cerca de la Puerta Sur se transformaron en una de las más hermosas diversiones del Paraíso, donde, como es sabido, siempre es domingo o día de fiesta.

Cuando pasaba mucho tiempo sin que soplase viento sur, Adriel sentía nostalgia de él, y salía a buscarlo por la Tierra. Lo encontraba generalmente acostado en un hayedo o en un robledal, con la cabeza cubierta de hojas secas. Como en el Paraíso los árboles son todos de hoja perenne, a Adriel le gustaba despertar al viento sur cuando tenía toda la hojarasca de un bosque sobre su enorme cuerpo, y entonces lo azuzaba con sus alas y le hacía bajar, por ejemplo, desde los montes de Cervantes hasta Finisterre, haciendo correr las hojas secas ante él. Y más de una vez logró que por la puerta sur, una ráfaga moderada de viento, metiese en la cerca del Paraíso unas hojas secas de roble, y entonces Adriel se ponía a explicarles a los árboles de allí qué era una hoja marchita, y por verlas, todos los bosques

*edénicos se reunían en un enorme corro, de cientos de leguas, y Adriel se ponía en el aire, a media altura, mostraba las hojas y explicaba lo que era el otoño. Y los árboles, terminada la conferencia, aplaudían, y la puerta cada vez quedaba más abierta.*

*Adriel, cumpliendo una de sus misiones, que era la de mostrar lo oculto a los puros, según la Ghemara del Talmud de Babilonia, gustaba mucho de dar esta clase de conferencias. Desde las otras puertas del Paraíso no se veía el mar, pero desde la suya sí. En sus días de vacación, venían a hacer visita a Adriel ángeles de servicio de guardia en las otras puertas, y entonces Adriel les enseñaba los tesoros del mar.*

*—¿Queréis ver la ballena?—, les preguntaba.*

*Y Adriel, que había llegado para estas cosas a un acuerdo con el viento de que era defensor, le pedía al sur que metiese una de sus silbadoras manos en las olas y que levantase en el aire la ballena. Y a cien metros del agua quedaba unos momentos quieto el cetáceo, y los ángeles lo podían ver. Una vez la ballena salió de las aguas, con San Barandán arrodillado en su lomo, y rezando en gaélico, y se sabía que era esta lengua porque las palabras en el aire, se volvían humo colorado... Y lo mismo que la ballena, les mostraba los delfines.*

*Y Adriel les contaba como peregrinó con San Barandán y el viento sur batía las alas de aves felices a la puerta del Paraíso.*

*Un día, se dispuso por la Divina Autoridad que para pacificación del mundo y limpieza del alma humana, cada ángel podía escoger unos amigos infantiles en cualquier nación de la Tierra. Y Adriel, acordándose del niño que salvó del agua en Barra, decidió bajar allí, por si tenía hermanitos. Y encontró que jugaban en la playa dos niñas, tan sonrientes que parecía que arrastraban pedazos de sol por la arena con la sonrisa de sus ojos y de sus bocas. Oía como se llamaban una a otra, y por eso supo que una era Paula y la otra Daniela. Y se hizo amigo de ellas, amigo oculto, porque no lo podían ver, y con permiso de su ángel de la guarda, las vigilaba él, y corría tras ellas, y les hacía caricias en los párpados para que se durmiesen tranquilas, cuando llegaba la noche y les protegía de olas, agaves y serpientes. Ahora anda por el cielo una petición firmada por setecientos setenta y siete ángeles, que piden a Dios les sea permitido mostrarse a sus amigos terrenales un día al año. Y Adriel se frota las manos y se ríe solo cuando piensa en la sorpresa que va a darles, a Jordán el niño de la lancha y a Paula y Daniela cuando sea autorizado a mostrarse a ellos con sus grandes alas. En el cuenco de sus manos llevará fresillas del bosque, de las que tanto gustaba cuando empezaba a crecer al lado del huracanero Timrael. Y, como distraído, con su túnica de mangas anchas, deja la puerta del Paraíso abierta de par en par...*

*Álvaro Cunqueiro*

### *Historia de una isla llamada Brenda*

*De una isla grande nació una vez una isla pequeña. En la isla grande, por la banda de poniente, se fue formando una como península, con un istmo muy estrecho,*

*cubierto de arena, y que a veces las olas cubrían en las mareas altas. La isla grande tenía un suave color dorado, a causa de las mieses maduras que la cubrían permanentemente. La península era más bien sonrosada, debido al color de las mariposas que volaban a cada hora sobre ella. Sorprendía a las gentes que todas las mariposas del reino se concentrasen en la redonda península.*

*Un día, tal como una manzana se desprende de la rama del manzano, la península se desprendió de la isla materna y se hizo isla.*

*Dió unos pasos por el mar y sonrió.*

*Esto está en las crónicas, escritas por analistas muy graves, algunos de los cuales pretendían ser testigos del acontecimiento.*

*La isla cambiaba de forma.*

*Al principio tenía la de una naranja, y poco después, una mañana de abril, apareció en forma de paloma.*

*El rey Magnus envió sus más sabios geógrafos, los cuales concluyeron que se trataba de algo que escapaba a las leyes de la física, y que lo más seguro es que la isla estuviese todavía decidiendo cuál sería su forma definitiva.*

*Fué montando un servicio permanente de vigilancia, con oficiales de antejo de larga vista y escribano real.*

*Fue a finales de verano, cuando la isla, contra todo lo previsto, se cubrió de hierba verde; hierba que habiendo sido rociada por una suave lluvia vespertina, se convirtió en seda. Seda que los observadores comprobaron que envolvía el cuerpo de una niña. El propio rey Magnus, con la reina Florisela y toda la Corte, acudió a ver la niña que descansaba sobre las aguas, que la mecían como si durmiese en cuna.*

*Tras largas discusiones, el rey decidió comprobar si se trataba verdaderamente de una niña de carne y hueso.*

*La reina Florisela fue en lancha hasta la isla, y cuando atracó a ella, comprobó que verdaderamente era una niña, que abría los ojos y la miraba atenta. Fué decidido que la niña no podía quedar en el mar, ahora que se aproximaba el otoño con los grandes temporales con los vientos del Oeste. El mago Merlin, que estaba por allí recogiendo los cucos del verano para llevarlos a invernar al calor de su cocina, hizo los ritos antiguos de la levitación, y la niña pudo ser sacada sin novedad del mar. Ya en tierra firme, dio tres o cuatro pasos ayudada por la reina, la cual ordenó que las modistas de palacio le hiciesen la ropa que necesitaba, y los zapateros zapatos, y los muñequeros reales, diversas muñecas. Toda la Corte estaba presente cuando la niña comió por primera vez. La reina misma con una cuchari-lla de plata le dió a probar unas finísimas natillas, mientras una de las hadas más benéficas del reino le dió a beber un zumo de melocotón.*

*El mago Merlin le dijo al rey que era conveniente que apagasen las luces. Quedó todo el palacio a oscuras, pero de pronto se iluminó. Una luz de oro y de música se extendió por salones y pasillos, se asomó a las ventanas. Era la niña que sonreía. La luz fue vista desde los más lejanos confines del reino.*

*Las gentes aplaudieron y cantaron los gallos. El sabio Merlin dijo que con aquella sonrisa quedaba probado que la isilla había tomado definitivamente la forma de una hermosa y delicada niña, y que ya se la podía inscribir en el Registro y bautizar.*

*Como procedía del mar, se buscó para la niña un nombre que recordase las antiguas horas prodigiosas del Océano, las navegaciones de los santos, los países en los que las hadas fabrican la primavera... Y los sabios y los astrólogos propusieron*

que la niña fuese bautizada Brenda. Cuando llegó el anciano obispo Columbán a bautizarle, le salieron al camino todos los pájaros de los jardines reales, los cuales por un instante dejaron sus cantos para gritar con voces casi humanas:

—¡Brenda! ¡Brenda!

Un pequeño paporrubio gritó con tantas fuerzas el nombre de Brenda, que se sofocó y cayó al suelo, y un jilguero tuvo que darle aire, y fue sorpresa que cuando el paporrubio se repuso, cantó como jilguero, a consecuencia del aire que uno de esta familia le había metido dentro.

La niña crecía normalmente, como todas las niñas del mundo, y la única novedad era su sonrisa. Abría la boquita para sonreír, y era como si se encendiesen cien lámparas a un tiempo, y la luz de aquella iluminaba todo el reino. Esto llegó a preocupar a la central hidro-eléctrica, pues sus jefes se decían que si la niña Brenda se ponía a sonreír constantemente, bastaría con la luz de su sonrisa para el alumbrado público y privado. Por otra parte, se montaron fábricas de espejos, en los que se recogía la luz de la sonrisa de Brenda; espejos que se vendían sobre todo en Italia y Paris, y se contaba de mujeres feas que a fuerza de mirarse en aquellos espejos se volvían hermosas.

Las últimas noticias que hay de Brenda es que ya ha aprendido a andar, que habla ya sin demasiados tropiezos y que come por su mano. El rey Magnus la visita todos los días en compañía de las hadas de palacio, y la reina mandó hacer un peine de oro, como los que usan las sirenas y que hacen música al correr por el cabello, para regalárselo cuando cumpla tres años. Si Brenda sale al jardín, al instante florecen los rosales, y los pájaros se le acercan, cantando. Los ciervos del monte pidieron permiso para bajar al patio de palacio, por verla. De vez en cuando llega Merlin y convida a Brenda a helado de avellana. Y es fiesta.

Pero lo más hermoso de la historia de la isla que se convirtió en la niña llamada Brenda, es que desde que ella sonríe en el reino del rey Magnus, se han terminado las guerras y discordias. Se ha visto pasear al lobo conversando amigablemente con el cordero, y si la gente está segando el trigo y comienza a llover, Brenda sonríe y se van las nubes. Dormida en su camita, no se sabe si lo que allí descansa es una camelia o un ruiseñor.

Álvaro Cunqueiro